

II

La sinrazón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad, equilibrio europeo, honor. Este motivo último del honor es tal vez el más extravagante de todos, porque no hay en el mundo un pueblo que no esté manchado con todos los crímenes y cubierto de todas las vergüenzas. No hay uno que no haya sufrido todas las humillaciones que la fortuna puede imponer á un miserable rebaño de hombres. No obstante, si todavía subsiste un honor en los pueblos, resulta un extraño medio para sostenerlo el hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales un ciudadano se deshonra: incendio, rapiña, violación, asesinato...— ANATOLIO FRANCE.

El salvaje instinto del asesinato guerrero tiene muy profundas raíces en el cerebro humano, porque ha sido cuidadosamente cultivado y fomentado desde hace mil años. Nos complacemos en esperar que una humanidad mejor que

la nuestra logrará corregirse de este vicio original. Pero ¿qué pensará entonces de esta civilización, mal llamada refinada, y de la cual tan orgullosos estamos? Poco más ó menos lo que nosotros pensamos del antiguo Méjico y de su canibalismo guerrero y bestial.—C. LETOURNEAU.

En repetidas ocasiones, un príncipe molesta á otro por el temor de que éste le ofenda antes á él. A menudo se hace la guerra porque el enemigo es demasiado fuerte, y á menudo porque es demasiado débil. En ocasiones, nuestros vecinos desean lo que nosotros tenemos, ó bien poseen aquello de que carecemos nosotros, y venimos entonces á las manos, hasta que ellos se apoderan de nuestros bienes ó nos abandonan los suyos.— JONATHAN SWIFT.

Está ocurriendo algo de incomprensible é imposible por su crueldad, su falsedad y su carácter absurdo. El emperador de Rusia, el mismo que invitó á todos los pueblos á la paz, declara públicamente que, á pesar de todos sus cuidados (cuidados que se expresan por el acaparamiento de

tierras extranjeras y el aumento de tropas para la defensa de las tierras acaparadas), en vista del ataque de los japoneses, manda que se haga á los japoneses lo que éstos hicieran primeramente á los rusos, es decir, darles muerte. Y proclamando este llamamiento al asesinato, invoca á Dios y pide su bendición para el crimen más horrible.

Una proclama igual contra Rusia ha sido dictada por el emperador del Japón. Los sabios jurisconsultos rusos Muravief y Martens tratan de demostrar que entre el llamamiento de los pueblos á la paz general que hicieron antes y la provocación á la guerra para el acaparamiento de tierras extranjeras, no hay ninguna contradicción.

Y los diplomáticos publican, en refinada lengua francesa, circulares, en las cuales demuestran con cuidado y en detalle (aun cuando sepan que nadie los cree) que el gobierno no cambia de opinión sino después de todas las tentativas para restablecer relaciones pacíficas (en realidad tentativas para engañar á otros pueblos), y se ve en la necesidad de recurrir al único medio

de resolver razonablemente la cuestión, es decir, al asesinato. Y lo mismo escriben los diplomáticos japoneses.

Lo mismo que ellos, los sabios y los filósofos japoneses justifican el asesinato de los hombres de raza blanca.

Los periodistas, con visible alegría, no vacilan ni ante la mentira más evidente y más grosera, y prueban de diversos modos que los rusos tienen razón, que son fuertes y buenos en todos sentidos, y que los japoneses hacen mal, son débiles y malos bajo todos conceptos, y que los que son ó pueden ser hostiles á los rusos (los americanos y los ingleses) son igualmente malos. Los japoneses y sus partidarios dicen lo propio acerca de los rusos.

Sin hablar de los militares, que por oficio se disponen al asesinato, la multitud de las gentes llamadas ilustradas, que no se ve empujada á esto por nada ni por nadie (profesores, empleados, estudiantes, hidalgos, comerciantes), expresan los sentimientos más hostiles y más despreciativos contra los japoneses, los ingleses, los americanos, por quienes hasta el día antes tuvieron

simpatía ó indiferencia, y sin ninguna necesidad, muestran los sentimientos más estúpidos, más serviles, hacia el emperador, que les es, cuando menos, indiferente, le dan seguridades de su fidelidad infinita y se declaran prontos á sacrificar su vida por él.

Y el infeliz soberano, pastor reconocido de un pueblo de ciento treinta millones, siempre engañado y puesto en la necesidad de contradecirse, los cree, les da las gracias y bendice para que asesine mucho al ejército que llama suyo y que defenderá terrenos que con menos derechos todavía llama suyos.

Todos se dan, unos á otros, imágenes religiosas, *iconas* feas, en las cuales no sólo ninguna persona ilustrada cree, sino que el mismo aldeano ilustrado empieza á despreciar. Todos se inclinan ante esas imágenes, las besan y pronuncian discursos enfáticos y embusteros, á los cuales nadie da crédito. Los ricos sacrifican una mínima parte de sus riquezas, ganadas inmoralmente en la obra del asesinato, en la fabricación de los mecanismos de muerte, y los pobres, de los cuales cada año sacan dos mil millones de

rublos, creen necesario hacer lo mismo y dan así su óbolo. El gobierno excita y aliena á la multitud de los vagos y canallas que, paseándose por las calles con el retrato del zar, gritan ¡hurra! y amparándose con la palabra patriotismo, producen toda clase de desórdenes. Y en toda la Rusia, desde el palacio imperial hasta el último pueblo, los pastores de la Iglesia que se dice cristiana invocan á Dios (ese Dios que ordena se ame al enemigo, Dios de amor) para ayudar en la obra diabólica, para ayudar en el asesinato de los hombres. Y centenares, miles de seres humanos, vistiendo uniformes y con diversos mecanismos mortíferos (los que pueden llamarse la carne de cañón), enloquecidos por las plegarias, los sermones, las imágenes, los periódicos, con la angustia en el corazón, pero bravos al parecer, dejan padres é hijos, y van allí donde, arriesgando su vida, cometen el acto más terrible: el asesinato de hombres á los que no conocen y que ningún daño les han hecho. Y detrás de ellos van los médicos y las hermanas de la caridad, suponiendo, no se sabe por qué, que no están

llamados á curar en su casa á las gentes sencillas y pacíficas, sino á prestar sus auxilios á los que se ocupan en el asesinato.

Y las gentes que permanecen en sus casas se regocijan con las noticias del asesinato de los hombres, y cuando saben que muchos japoneses han sido muertos, dan las gracias á alguien, á quien llaman Dios.

Y todo esto es apreciado, no sólo como una manifestación de sentimientos elevados, sino que los que se abstienen de tales manifestaciones, si tratan de hacer comprender á los otros la verdad, son mirados como traidores; son amenazados ó insultados, atacados por la multitud embrutecida de los hombres que, para defender su locura y su crueldad, no tienen más arma que una grosera violencia.
